TRES SALVACIONES DEL SIGLO XVIII ESPAÑOL*

por
RAFAEL SEGOVIA CANOSA

"Los europeos del siglo presente están insufribles con las alabanzas que amontonan sobre la era en que han nacido. Si los creyeras, dirías que la naturaleza humana hizo una prodigiosa e increíble crisis precisamente a los mil setecientos años cabales de su nueva cronología. Cada particular funda una vanidad grandísima en haber tenido muchos abuelos no sólo tan buenos como él, sino mucho mejores, y la generación entera abomina de las generaciones que le han precedido. No lo entiendo."⁸ Esto que el moro Gazel no comprendía, representaba el principal problema con que se tuvieron que enfrentar los españoles a lo largo del siglo XVIII y no dieron con la solución que armonizase una tradición que veían como necesaria, pero que resultaba inconectable con el presente. Tradición y modernidad se presentaban como términos irreductibles.

Había ante todo que valorar el siglo que los veía vivir. Antes que aceptarlo o rechazarlo era preciso ponderar, medir, comparar, hallar equivalencias y diferencias con los anteriores. ¿Se había adelantado en realidad? En la lucha que se mantenía por conquistar la felicidad humana, ¿se había triunfado?

Dos patrones surgían como medidas: el progreso material y el moral. No sólo eran los paradigmas de Cadalso sino los de cualquier ilustrado. Del primero pensaba y escribía: "Mil artes se han perdido de las que florecían en la antigüedad; y las que se han adelantado en nuestra era ¿qué producen en la práctica, por mucho que ostenten en la especulativa? Cuatro pescadores vizcaínos en unas malas barcas hacían antiguamente viajes que no se hacen ahora sino rara vez y con tantas y tales precauciones que son capaces de espantar a quien los emprende. ¿De la agricultura y medicina, sin preocupación, no puede decirse lo mismo?"⁹

En lo moral, el siglo ilustrado "dejará a la posteridad horrorosas relaciones de príncipes dignísimos destronados, quebrantados tratados muy justos, vendidas muchas patrias dignísimas de amor, rotos los vínculos matrimoniales, atropellada la autoridad paterna, profanados juramentos

* Capítulo III, del libro del mismo título, que será publicado en breve, en la colección BIBLIOTECA de la Facultad de Filosofía y Letras. U.V.

⁸ *Cartas Marruecas*, LV, 17.

⁹ *Marruecas*, IV, 18.

solemnes, violado el derecho de hospitalidad, destruida la amistad y su nombre sagrado, entregados por traición ejércitos valerosos y sobre las ruinas de tantas maldades levantarse un suntuoso templo al desorden general." ¹⁰

Si este negro cuadro corresponde a una visión general de Europa, Cadalso busca colores aún más sombríos cuando se trata de describir el estado en que le toca ver a su patria. La decadencia que corroee a España en su siglo era capaz de demostración geométrica si se tomaba como parangón la España que había existido doscientos años antes.¹¹ Donde había veinte millones de habitantes, en tiempos de Fernando el Católico, no quedaban más que diez, las dos terceras partes de las casas están caídas, las ciudades de quince mil familias apenas si cuentan ocho mil; España, la nación más docta del siglo XVI, es una rémora para Europa; agricultura, manufacturas, todo ha desaparecido.¹²

Los culpables de esta decadencia eran los Austrias, en especial los últimos de la dinastía. La decadencia era ya algo estrepitoso desde los inicios del XVII: "Se me figura —escribe— España desde el fin de 1600 como una casa grande que ha sido magnífica y sólida, pero que por el decurso de los siglos se va cayendo y cogiendo debajo a los habitantes".¹³ Al fenecer el desdichado siglo XVII "... halló Felipe V su herencia en el estado más infeliz; sin ejército, marina, rentas ni agricultura".¹⁴

Este era el pasado que se colocaba en tela de juicio. Para los españoles, nos dice, el pasado no era un solo bloque, no era todo aquello que estaba situado antes de 1700, año que había presenciado cambios tan trascendentales para la monarquía española. Cuando un español juzgaba a la "antigüedad de su nación", dividía esta antigüedad en dos porciones: "los que entienden por antigüedad el siglo último, y los que por esta voz comprenden el antepasado y los anteriores".¹⁵ La partición es bien clara: los que no recusaban el siglo XVII y a los tres últimos Austrias como causantes directos de la decadencia, quedaban por un lado, autobautizándose como casticistas y españolistas a ultranza; veían a los Habsburgos como una monarquía netamente nacional, identificada con los ideales hispánicos, motor único y verdadero de la grandeza que España había disfrutado. Él, personalmente, se colocaba en el segundo grupo, entre aquellos que repudiaban al siglo anterior y veían en las casas reinantes originariamente españolas como era la de los Reyes Católicos un ejem-

¹⁰ Marruecas, IV, 19.

¹¹ El tema de la crítica de los Austrias. En *Cartas sobre los obstáculos*, etc.

¹² Marruecas, IV, 19.

¹³ Marruecas, XLIV, 115.

¹⁴ Marruecas, XXXIV, 93.

¹⁵ Marruecas, XLIV, 115.

plo y modelo a seguir, especialmente en aquellos soberanos "príncipes que serán inmortales entre cuantos sepan lo que es gobierno".¹⁶ El pasar la corona española a las sienes de un Austria, pese a la grandeza que las armas españolas adquirieron bajo los dos primeros de esa dinastía, había sido el inicio de la decadencia que le tocaba vivir, engendrada al dilapidarse "tesoros, talentos y sangre de los españoles en cosas ajenas a España...".¹⁷

No se tienen noticias, escribíamos en un principio, de la vocación militar de Cadalso. Pero es del momento en que se despierta, porque lo que es vocación por las armas la tuvo y marcadísima. "Sentía furiosamente el siglo pasado", pone en boca de la hermana imaginaria que se crea en las *Cartas Marruecas*. Creemos que cabe aquí la distinción antes apuntada entre el siglo XVII y los que le precedieron. Es seguramente este pasado lo que el Nuño de su obra, aquel personaje tras el que se escuda en los momentos en los que se habla con la mayor sinceridad, deja manuscrito en una *Historia heroica de España*. Ese es el siglo que tan intensamente sentía Cadalso, eran aquellos años que vieron a "don Pelayo, libertador de su patria; don Ramiro, padre de sus vasallos; Peláez de Correa, azote de los moros; Alonso Pérez Guzmán, ejemplo de fidelidad; Cid Ruy Díaz, restaurador de Valencia; Fernando III, conquistador de Sevilla; Gonzalo Fernández de Córdoba, vasallo envidiable; Hernández Cortés, héroe mayor que los de la fábula; Leiva, Pescara y Vasto, vencedores de Pavía y Alvaro de Bazán, favorito de la fortuna".¹⁸ Estos exaltados epítetos responden al entusiasmo que el coronel sentía por el hombre de armas, militar o guerrero y, especialmente, por la forma de vida que los años de auge de las letras y armas españolas habían exaltado al máximo, la heroico-bélica. Pese al desengaño paulatino que fue resintiendo a medida que escribía su obra, hasta llegar al grado de menospreciar la fama póstuma, lo que quedaba en franca contradicción con el modo de vida que anhelaba, en este nuevo diálogo de las armas y las letras que él solo sostiene, la balanza se vuelve a inclinar por las armas.

"Las letras —escribe el erudito don Juan Pablo Forner— siguen la suerte y costumbres de los imperios. Los asuntos a los que se aplican y el modo de pensar que domina en los distintos tiempos las visten de semblantes diversos con una variedad infinita... La amenidad de nuestra lengua decayó bien presto en adornos desmesurados: su facilidad para las metáforas degeneró en hinchazón, extravagancia y afectación insolente; su jovialidad paró en truhanismo, sus delicias en desatinada profusión, su armonía se hizo toda uniforme; todo hueco, todo campanudo,

¹⁶ Marruecas, III, 15.

¹⁷ Marruecas, III, 15.

¹⁸ Marruecas, XVI, 59.

ora cantase un zagal, ora hablase un héroe, ora razonase un filósofo. Así la recibieron nuestros padres los últimos días del infeliz Carlos II.”¹⁹ El inicio de la decadencia de nuestras letras se inicia a finales del reinado de Felipe III, en lo que, cronológicamente, casi coincide con Cadalso en opinión. En los reinados de Fernando V y de los dos primeros Austrias, días en que brillaba el sol español con inigualable resplandor, “los escritos. . . , manifiestan un carácter grave, robusto, natural; las cláusulas caminan con una especie de reposo severo, la estructura de los períodos es lenta y noble; tal vez poco sonora, aunque muy suave e ingenua.”²⁰ Poco a poco las letras españolas se van desarrollando y adquieren una grandeza de la que ninguna otra literatura puede presumir. El reinado de Felipe IV aún conoce una lengua “rápida, lozana, viva, sonora, jovial, galante, florida, deliciosa”.²¹ Después, ya lo hemos visto, es una decadencia casi total la que sobreviene: la lengua había seguido la suerte del imperio.

Había sido también el reinado de Fernando el Católico el que presenciara el orto de la grandeza literaria de España, de igual modo que viera las primeras grandes victorias de sus ejércitos: “Introdujose la erudición griega en España en la feliz edad de Fernando el Católico: las artes se hicieron cultas; supiéronse sus preceptos, y procurando ajustarse a ellos los escritores, dieron principio al empeño de perfeccionar la lengua, conservando de ella la propiedad de las palabras, introduciendo en ella la redondez y armonía de los períodos, vistiéndola con las galas de la elocuencia y dilatándola con las licencias resueltas de la poesía.”²²

Por lo expuesto se puede deducir que Cadalso y Forner marchan acordes en dos puntos: España nace a la vida con Fernando el Católico y conoce un período de marcado auge, que, poco a poco, va declinando hasta caer en la profunda sima que es el reinado de Carlos II. Bajo el gobierno de los validos del Hechizado las armas habían conocido tantos reveses como batallas habían librado, las letras habían sufrido a los epígonos de Góngora y habían atronado el ámbito de las iglesias las voces campanudas, huecas y huertas de los seguidores de fray Félix Hortensio Paravicino.

¹⁹ *Exequias*, 61.

²⁰ *Exequias*, 60.

²¹ *Exequias*, 60.

²² *Exequias*, 59.